



Noticia breve del interior de un aula (Un elogio de la vida filosófica)

Por FERNANDO BÁRCENA

A mis estudiantes de Filosofía de la Educación de la Facultad de Educación de mi ciudad, Madrid. A todos los que pasaron por mis aulas y me soportaron, y en especial a los que tuve este curso 2016-17: a los que lloraron y a los que rieron; a los que casi no vinieron pero estuvieron; a los que callaron y se quedaron pensando; a los que se distrajeron y no lo entendieron. A los que leyeron como por primera vez y se pusieron a estudiar al modo antiguo. Para Calíope, por su coraje.

La escuela del filósofo, señores, es un hospital: no habéis de salir contentos sino dolientes, pues no vais sanos, sino con una luxación en el hombro, otro con una fisura, otro con dolor de cabeza. Entones yo me siento y os digo unas pequeñas reflexiones y máximas para que vosotros salgáis alabándome: el uno llevándose el hombro tal como lo trajo, el otro con su fístula, el otro con su absceso. Así que, ¿para esto dejaron su tierra?

EPICTETO, *Disertaciones por Arriano*, III, 23, 30.

Y esto de la mediación es otra cosa a meditar. Y todavía algo más: las aulas se recorren; se va de unas a otras según se pasa de un curso a otro. Y ello sólo es ya una iniciación a la vida. El asunto es largo; quede para otro día.

MARÍA ZAMBRANO, «El aula» (s/f).

Me repito a menudo que no soy quien para juzgar lo que otros hacen, aunque tengo mi propio punto de vista sobre algunas cosas. Me refiero a determinado contexto en el que lo que pretendo decir hoy aquí necesariamente... *desencaja*.

Filosofía como forma de vida: esa es la fórmula. O bien: *filosofía como educación* (los griegos hablaban de la *Paidea*, los románticos alemanes de la *Bildung*). Estas palabras son muy antiguas, ¿de qué nos sirven hoy?

Lo que voy a intentar aquí es decir algo en torno a una línea que este congreso propone: la filosofía como forma de vida, precisamente en un mundo que desprecia la contemplación, que opone la acción a la pasividad y que se embadurna de «actualidades» y de promesas de un futuro del que cree poder adueñarse. Pero no quiero hablar de mi tema construyendo un discurso a partir de la reelaboración de otros discursos más o menos teóricos sobre el asunto.





Más bien lo que pretendo es adoptar la voz de alguien que habla, que les habla a otros — como hace un profesor junto a sus alumnos.

La filosofía, que es trabajo del pensamiento sobre sí mismo, es hoy pura textualidad y exégesis. Pero no fue así antes. En el mundo griego y romano antiguo no se despreciaba la escritura ni el argumento, pero sí importaba lo que Sócrates llamaba el «cuidado de sí», cuyo déficit le reprochaba a Alcibíades, que aspiraba a ser gobernante de la ciudad, no tener. Entre nosotros, Pierre Hadot, Alexander Nehamas o Michel Foucault (la lista se puede ampliar) han repensado y renovado estas antiguas enseñanzas de formas realmente apasionantes. Es necesario que recordemos que en ese mundo antiguo no había filósofos sin discípulos, sin aprendices, sin estudiantes. Así pues, nuestro contexto es el *aula*, el lugar donde se estudia junto a otro(s), donde se aprende junto a alguien, y no como otro (hace). El aula es un *topos* universal, pues está en todos los lugares, y además es muy concreto y singular. Las aulas, que se recorren y se viajan, son como los claros del bosque, decía María Zambrano, abiertos y cerrados al mismo tiempo donde se va a aprender de oído. Un amigo escribió hace mucho un hermoso ensayo sobre esto. Exactamente igual acontecía en la educación griega, que era una educación más por el oído más que por la vista. Por eso mismo, necesariamente quien se expresa habla de sí y de lo que le pasa en ese lugar, afinando en cada palabra su oído.

Soy yo quien habla, entonces. No se puede hablar de estas cosas en tercera persona. Pero no deseo poner demasiado énfasis en ese *yo* que habla. El asunto es delicado en un mundo como el nuestro, trufado de discursos enfáticos sobre identidades que se reafirman a sí mismas. A veces recuerdo, y con frecuencia se lo digo a mis alumnos en clase, cuando hablo de estas cosas, lo que observaba Montaigne: «*Yo me atrevo no sólo a hablar de mí, sino hablar solamente de mí. Me extravió cuando escribo de otra cosa y me alejo de mi asunto*». Y lo dice —no es por casualidad—, en un ensayo titulado «Del arte de la discusión». Él sabía qué opinión les merecía a muchos que alguien hablase de sí mismo, por suponer en ese gesto cierta vanagloria personal, que siempre va unida a la manifestación del propio testimonio. Pero esa persecución se parece a la condena que se hace del vino: puesto que emborracha a muchos se determina prohibirlo a todos, lo cual parece absurdo. La condena a ese yo que



habla y se manifiesta en su escritura es especialmente evidente hoy en nuestra Academia, y sobre todo en esta a la pertenecemos, donde la prohibición de la escritura ensayística está extendidísima, por suponerse una escritura escasamente académica y científica. Tal vez por eso leo a Montaigne, como una especie de gesto de resistencia personal ante tantas cosas como escucho en el ambiente donde me muevo. Por tanto, permítanme que siga, con toda modestia, la estela de Montaigne, y que les recuerde ahora lo que Elias Canetti también decía, a saber: «*Di tus cosas más personales, dilas, es lo único que importa, no te avergüences, las generales están en el periódico*» («El corazón secreto del reloj»). No es de uno de quien se habla, en definitiva, de la relación que uno tiene con aquello que ama.

Quien habla tiene que empezar de este modo:

Grupos de investigación de alto rendimiento, crédito, competencia, cualificación, gestión del conocimiento, índice de impacto, avalistas, transferencia de conocimiento, prospección de aliados, modelos de partenariado....leo estas palabras y me sabe la boca a hongos podridos, y entonces releo la Carta de Lord Chandos, de Hugo von Hofmannsthal: «Los conceptos los comprendía bien: veía alzarse ante mis ojos sus espléndidas combinaciones como magníficos juegos de agua con pelotas con pelotas doradas. Podía flotar a su alrededor y ver cómo jugaban; pero jugaban sólo entre sí, y lo más profundo, lo propio de mi pensar, quedaba excluido de su ronda. Estando entre ellos me invadió la sensación de una espantosa soledad». Releo esto, que he leído cientos de veces, y vuelvo sobre esas otras palabras. Y al fin me pongo a llorar. Y no me gusta nada lo que me pasa. Esas lágrimas no las quiero, pero me invaden.

En nombre de la formación de profesionales competentes, expertos y especialistas; en nombre del progreso y de los procesos de internacionalización de nuestras instituciones superiores de formación; en nombre del sostenimiento de los campus universitarios de «excelencia», que se gobiernan como empresas privadas donde lo único que cuenta es acumular dinero, da igual a qué coste, hemos liquidado lo mejor del espíritu universitario, hemos defraudado a las nuevas generaciones haciendo lo peor que se puede hacer con los jóvenes: mentirles, al prometerles algo que nunca les podríamos dar, como por ejemplo trabajo; se han confundido los fines de la formación con los del mercado; hemos infantilizado a nuestros estudiantes, les hemos alumnizado en nombre de la llamada sociedad del aprendizaje; hemos postsecundarizado la universidad y convertido nuestros centros de educación superior en escuelas sin profundidad en la formación que impartimos; hemos invadido los espacios, que no hace mucho todavía servían para mantener conversaciones intelectualmente inquietantes en torno a una gran obra, con grupos de investigación absolutamente burocratizados que en general invierten el tiempo en no hacer nada que merezca realmente la pena, solo porque al final les piden un informe de actividades realizadas. Más o menos, y quizá exagerando los rasgos, esta es la situación. Podrían añadirse más elementos. Pero basta con lo dicho.

Nuestro actual contexto universitario y político ha llevado a muchos a considerar que es precisamente una mejor estructuración de nuestras organizaciones lo que puede hacernos



cambiar, y que la política conserva en sí misma la fuerza necesaria para mejorarnos. Pero se trata de una vana esperanza. Nada podrá transformarse fuera si no se hace antes dentro. Es al individuo al quien cabe atribuir la posibilidad de elevarse por encima de la indolencia personal, de la banalidad y del abatimiento espiritual. Aunque sólo sea como hipótesis, esto ya justifica una recuperación de la actividad filosófica como un ejercicio espiritual, como una cierta forma de vida. Elegir la actividad filosófica es elegir un cierto estilo y modo de vida. Y es tener que recordar algo más: pues cuando se afirma que la filosofía es ya una forma de educación, lo que se está diciendo es que, como Sócrates le recuerda a Alcibíades, malamente podría pretender gobernar y cuidar de la *polis* si no era capaz de gobernarse y cuidar de sí mismo. La política no la hacen los partidos políticos, tampoco las agrupaciones, la hacen los individuos, y es esta la razón por la que lo más urgente es que aprendan a conocerse a sí mismos, a que sepan quiénes son. Y saber es *saborear*. El ojo y el oído son sentidos esenciales. El *gusto* también. Así que esta educación no es sólo una cuestión intelectual, ni racional, tampoco es meramente moral. Es una educación de la sensibilidad toda (donde los saberes, los sabores y los gustos se comprometen), una educación de las emociones y de las pasiones, una educación de todo el aparato psíquico del ser humano.

1. El aula.

Es el mes de febrero. Ha comenzado el curso y hoy es mi primera clase. El tiempo es frío ahí afuera. Me presento a los alumnos. Les digo mi nombre y que soy su profesor de filosofía de la educación, aunque eso, por supuesto, por supuesto, ya lo saben. Todos callan. Les observo, me miran. Esas primeras miradas son cruciales. Estamos a la expectativa.

Tengo en mi mente mi reflexión anterior. La tengo presente. Y digo mi primera frase: «Si tengo que hacer caso del escritor francés Albert Camus —«*Si quieres ser un filósofo, escribe novelas*»— ya sé la respuesta: no soy un filósofo». Camus —«¿Conocéis a este escritor?», pregunto a mis alumnos—, también dice otras cosas. Las anota en sus *carnets*, en sus cuadernos de notas (y les muestro el mío). Dice, por ejemplo: «*Los filósofos antiguos (y con razón) reflexionaban mucho más de lo que leían. Por eso se aferraban tanto a lo concreto. La imprenta ha cambiado todo esto. Se lee más de lo que se reflexiona. No tenemos filosofía, sino únicamente comentarios*».





Han cambiado mucho las cosas desde entonces; con el comentario y la interpretación, y con la exégesis de los textos. Al principio era la voz, la palabra desnuda del filósofo. Si decidía no escribir, era el discípulo quien se encargaba de recoger por escrito sus palabras, como Arriano hace en las *Disertaciones* de Epicteto. Ese mundo ya está perdido, pero lo volvemos a encontrar en múltiples libros. Quienes elegían dedicarse a la filosofía lo que escogían era un modo de existencia que consistía en aprender a vivir y a morir, a comenzar y a terminar; porque «*la propia vida de cada uno es la materia del arte de la vida*», decía Epicteto en sus clases; y de eso se ocupa la filosofía. No vamos a las clases a curarnos de un brazo roto: vamos allí para darnos cuenta que lo tenemos dañado.

Filosofía como forma de vida: «Esta es la fórmula de la que vamos a hablar casi todo el tiempo; ¿Imagináis qué puede querer decir?». No se trata de llegar a una definición de la esencia de la filosofía. ¿Quién podría hacer eso? ¿Y, además, de qué serviría? El proverbio latino *Primum vivere, deinde philosophari*, es esto mismo, me parece, lo que viene a indicar: que antes de ponerse a filosofar hay que acumular cierta experiencia vital. El proverbio tiene como trasfondo la fórmula que describe por entero a Sócrates, y de la que se servía para definir su vocación filosófica: *vivir filosofando*.

«*Vivir filosofando*». Repito despacio esta frase al terminar la clase. Me pongo a considerarla con detenimiento mientras salgo a la terraza a fumar mi primer cigarrillo del día. ¿Qué puedo decir sobre esto? ¿No se ha dicho todo ya, o casi todo? ¿Qué puedo recuperar que sea mío? ¿Y por qué esa pretensión de propiedad? Si la filosofía es una forma de vida, ¿de qué vida se trata? ¿Qué significa «ser uno mismo» y que significa «ocuparse» de uno mismo? Es algo que no está en los libros, y sin embargo hay toneladas de ellos que hablan de lo mismo. Sócrates; ¿Qué hemos heredado de Sócrates, que es una figura literaria de los diálogos platónicos? Eso es lo que me pregunto. La idea de que, en el fondo, la felicidad del ser humano depende exclusivamente del individuo concreto y singular. Esa idea de una apasionada concentración en un fin único, la virtud, como camino para alcanzar la sabiduría. Si hemos de concentrarnos en lo que depende de nosotros, entonces lo que se coloca en el centro de la filosofía, entendida como una forma de vida, es la *existencia* humana, el arte de tomar elecciones adecuadas. La filosofía como una opción existencial. Eso es. Me prometo hablarles de todo esto a mis alumnos.



Nuestras ideas sobre la educación —les cuento la siguiente semana— son herederas de un mundo cultural que en parte ya ha desaparecido. Nuestras imágenes de la educación y de lo que ha de ser una persona educada —de la que hablan todas las constituciones democráticas del mundo occidental—, están arraigadas en una cultura liberal que giraba en torno a la idea de la racionalidad del hombre, cuyo dominio sobre la naturaleza a través de la ciencia, y cuyo autocontrol moral, conduciría, supuestamente, a una mejora de la sociedad. Sin embargo, el comienzo del siglo XX es testigo de una substitución: el paradigma del hombre racional cede su lugar poco a poco al *sujeto psicológico*, un ser dotado, no sólo de razón, sino de sentimientos, afectos, pulsiones y pasiones desconocidas. Artistas, novelistas, poetas y filósofos comienzan a hablar de ese sujeto pasional. A mediados del siglo XX Europa está atravesada por los totalitarismos y, desde luego, la creación de los campos de concentración y exterminio (los paradigmas son Auschwitz, en el nazismo, y Kolima, en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) suponen un cambio de inflexión, un antes y un después en la cultura, la política, la ética y la educación. Se demostró como algo falso que ese sujeto racional sería capaz de mejorar a la sociedad y a sus individuos. Albert Camus decía que los seres humanos seguramente no son (no pueden pretender serlo) inocentes, sino culpables tan sólo de la ignorancia, por no (querer) saber. Ese saber es trágico, aunque también puede ser liberador. La ciencia y el humanismo tradicional creían que podrían contener el mal. Pero no fue así. ¿Cómo es posible que seres humanos cultos, a menudo religiosos, buenos padres y madres amantes de sus hijos fuesen capaces del asesinato en masa, de pactar con el mal o simplemente mirar hacia otro lado? ¿Acaso la cultura humanística, la educación, la moral no fueron capaces de contener semejante barbarie? Estas preguntas se las formularon algunos pensadores, como la filósofa alemana de origen judío Hannah Arendt, que decía que la horrible novedad de los modernos totalitarismos no consistió en haber introducido en el mundo una nueva idea del mal, sino en haber destruido todas nuestras categorías de juicio y reflexión moral. Después de Auschwitz y los campos de concentración, hay que reinventar el pensamiento, la moral, la cultura y hasta la misma filosofía. No se puede pensar la educación como si aquella atrocidad no hubiese ocurrido.

En una Europa con las instituciones sociales y políticas destruidas por una guerra atroz, se entiende perfectamente que los individuos quedasen enteramente seducidos por una nueva





idea de la libertad del hombre, tal y como los existencialistas, a la cabeza de los cuales estaban Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Albert Camus, sostenían, pese a todas sus contradicciones teóricas y prácticas. Así, en una Francia que había sido invadida por los nazis y quedó destruida por la guerra, era lógico que muchos tuviesen buenos motivos para olvidar el pasado reciente y para concentrarse en nuevos principios, como los que el movimiento existencialista les proponía; tenían buenas razones para saber que el ser humano se puede destruir a sí mismo y que nada puede detener ese proceso letal salvo una elección libre que nos empuje a *decidir* vivir; la existencia, decía Sartre, precede a la esencia. Era lógico, entonces, que los filósofos más atractivos para muchos fuesen aquellos que, de algún modo, en vez de hablar de cosas abstractas y metafísicas, les enseñasen el difícil arte de aprender a vivir. Lo que necesitaban era una «filosofía habitada», como sugirió la escritora y filósofa Irish Murdoch. Una forma de hacer filosofía que, retornando a sus orígenes grecorromanos, conectase con las más hondas preocupaciones del hombre de carne y hueso, que sufre, que piensa, que nace y que muere. Sobre todo, que muere.

Entro en el aula otro día. Empiezo la clase. Me recuerdo a mí mismo que se trata de chicos y chicas de poco más de veinte años que estudian Pedagogía. Se supone que quieren saber cosas sobre la educación. Para eso están allí. ¿Cómo, entonces, no hablarles de filosofía? Me gusta pensar que al entrar en un aula entramos en una «Skholè» (*σχολή*), con todo lo que esto supone. Suelo decirles que esta palabra griega significa en realidad apartamiento o separación del mundo y, por extensión, «ocio», aunque no cualquier clase de ocio o de «tiempo libre», sino ese tiempo en el que el joven muestra lo mejor de su carácter, desplegando su mejor disposición y manifestando el tipo de ser humano que quiere llegar a ser. Entrar ahí es ponerse a «estudiar» o más concretamente, «estudiar al lado de alguien». En el mundo griego había muchas escuelas de filosofía. Cada una con su estilo propio defendiendo su propia doctrina: estoicos, epicúreos, cínicos, escépticos. Pero en todas ellas pasaba lo mismo: en su interior reinaba un vínculo de amor y amistad que unía a profesores y alumnos. En ellas no se buscaba preparar individuos disponibles para cargos públicos. En este sentido, lo que allí se hacía era perfectamente «inútil». Lo que se hacía era formar hombres y mujeres capaces de compartir un cierto modelo de vida. Se dedicaban a la filosofía porque se querían, porque eran amigos, y era la amistad la que les permitía pensar juntos. Me acuerdo de lo que Epicuro decía, cuando





hablaba de una relación ética libremente escogida entre los amigos, y que esta relación era la base de todo filosofar.

Cada año escojo los motivos, pienso en la historia que quiero contar a mis alumnos y compartir con ellos. Elijo con cuidado los personajes: los escritores, los filósofos y las filósofas, los poetas y cineastas, los textos. Renuevo mi «Casa de citas»: este documento tiene este año 103 fragmentos o citas. Está compuesto por quienes me han acompañado a lo largo de mis años de lectura y estudio. Les pido que las lean, que busquen su cita, la que les pertenece, y que se fijen si quizá la que les está destinada no se encuentra justo al lado de la que están leyendo ahora mismo. Les pido que la habiten durante una semana, que escriban en su diario filosófico, en su cuaderno de mano, y que se dejen llevar. Que se recreen en lo que están leyendo. Y me pregunto: «¿Pero qué estoy haciendo? ¡No les estoy enseñando a hacer nada! ¿De qué sirve todo esto?» No me siguen. Me observan.

Un día, una alumna, mientras hablamos de Nietzsche y nos centramos en un párrafo de las primeras secciones de *Schopenhauer como educador*, derrama unas lágrimas. Caen lágrimas abundantes por sus mejillas. He dicho algo, no recuerdo qué. Algo sobre los padres y los hijos, algo sobre los maestros y los discípulos, algo sobre mi amor por Nietzsche, sobre irse de casa y regresar con otra mirada. Algo sobre buscar en el fondo de los ojos de los padres con quienes discutimos a los padres originales que todavía amamos. Ella llora. Y no deja de mirarme. Me detengo, Me callo, miro al chico que se sienta a su lado; es su novio. Le estoy diciendo: «¡Abrazala, muchacho, abrazala, no la dejes así!». Y lo hace: ella se deshace, y al salir de clase me pide, ella, que sigue llorando: «¿Puedo abrazarme un minuto a ti?» Y consiento. Y todo por Nietzsche. Todo por él, que medió en nuestro deseo, que confundió nuestra perplejidad, que calmó nuestra sed.

Escucho lo que me dicen. Escucho sus quejas. No siempre tienen razón en ellas. Pero tampoco nosotros, sus profesores. No es verdad que todos sus profesores sean unos inútiles. Pero los escucho. Casi nunca sé qué hacer con lo que me cuentan. Les leo una historia. Leemos el final del *Banquete*, y ese elogio de Alcibíades en su amor por Sócrates. Les pregunto si ahora los profesores y sus estudiantes se siguen amando de algún modo. Me vienen, de repente, miles de imágenes, acumuladas tras 34 años de enseñanza. Pronto, me digo, cumpliré sesenta años (en el momento de revisar estas líneas ya los he cumplido), y sigo sin saber qué estoy haciendo. *Filosofía como forma de vida*. Esta es la fórmula y no sé cómo seguir. ¿Dónde encaja la frase? ¿Encaja en nuestra época, en nuestros espacios, en nuestro tiempo?



2. La alcoba (una filosofía del interior).

Filosofía como forma de vida, por supuesto, por supuesto: esta es la fórmula. Una fórmula que expresa una manera de estar y vivir en la que el individuo reflexiona cara a cara con el universo. El filósofo que más nos conviene, decía Nietzsche, es el que propone un ejemplo con su vida visible, y no mediante los libros leídos. Se trata de una manera de vivir destinada a transformar, en uno mismo o en los demás, el modo de experimentar y considerar las cosas. Sin esta transformación, da lo mismo que digamos que la verdad es algo que está ahí afuera. «*Hay verdades que no pueden revelarse más que a condición de que sean descubiertas*».

Se trata de un discurso interior y exterior al individuo. Una forma de vivir que pasa por encontrarse uno mismo con un cierto estilo de vida que pasa por el arduo aprendizaje de los comienzos: aprender a morir, aprender a dialogar, aprender a leer, aprender a amar, aprender el arte de la amistad. Una forma de vida que es un constante ejercicio de meditación y pensamiento, que afecta tanto al cuerpo como al espíritu, y que acepta nuestra común fragilidad y vulnerabilidad, la ambigüedad y la ambivalencia, los límites de la razón y del lenguaje, la incertidumbre y el azar, la experiencia del dolor y de la pérdida, el devenir y, en suma, el paso del tiempo.

Les quiero hablar de todo esto. Y les cuento que esa forma de vida es una investigación sobre el *buen uso de uno mismo y del tiempo*, un uso que convoca la formación disciplinada de la atención. Y les comento que hay quienes filosofan por amor a la palabra —eso se lo decía Séneca en una carta a su amigo Lucilio—, y quienes lo hacen por amor a sí y a los otros, porque quieren saber cuidar de sí mismos y de los otros; y son estos últimos los que preconizan la importancia de lo que los griegos llamaban *ejercicios espirituales*, que les permitían distinguir lo que depende de uno mismo de lo que no depende en absoluto de nosotros como humanos.

Esta manera de entender la actividad filosófica —les digo— tiene que ver con una especie de «filosofía de cámara» o de «alcoba» (*philosophie de chambre*): una manera privada, personal e íntima de filosofar. La expresión es de un viejo profesor francoalemán que se llama Jacques Schlanger. Se la leí en un bellissimo ensayo suyo dedicado a Montaigne. Este profesor ya jubilado, que vive entre Israel y París, es adorable. Un día decido escribirle un correo electrónico, solo para darle las gracias por su libro, y me responde con una dulzura tal que me emociona. Él dice que hay toda una manera de ejercitarse filosóficamente, una forma,



digamos, pública, académica, frente a la cual esa filosofía de cámara configura una filosofía de pequeña envergadura y de pequeño formato. Esta forma de filosofar coloca el yo en el centro de la palabra, y reconoce la tensión que existe entre lo que se dice y lo que se hace. Cuando leemos a filósofos, antiguos, como a algunos novelistas o poetas —cuyos libros buscan un efecto de formación en nosotros, y no simplemente de información—, lo que buscamos a través de ellos es alguna manera de acceder a nosotros mismos: de ellos retenemos lo que concierne a nuestra subjetividad, que busca transformarse o colmarse de algún modo. No hay vanidad en ello ni negación del mundo. Es una manera de seguir estando en él. Aprender a pensar, aprender a hablar, aprender a escribir, aprender a leer describiéndose a uno mismo («pintándose», como decía Montaigne); esa es la tarea más difícil: «*Ninguna descripción es comparable en dificultad ni en utilidad a la descripción de sí mismo*», dirá. Él mismo reconocía que para la opinión común es un enojoso vicio hablar de uno mismo. Pero Montaigne sigue el precepto socrático «conócete a ti mismo», y en él parecía ejercitarse mediante la escritura. De ninguna manera podía pretender hablar por la humanidad entera: sólo podía hacerlo a su propia costa.

Ni la filosofía, ni la filosofía de la educación, son una *doctrina*, ni un artículo de fe: constituyen un exigente *cuestionamiento*. No está compuesta por una serie de creencias desde las cuales haya necesariamente que partir, sino una búsqueda, en el sentido proustiano del término. Una búsqueda de la verdad en el tiempo: *Veritas filia temporis, digo*, y escribo la frase en la pizarra. La reflexión surge de la forma más virulenta e inquietante cuando todo está dicho, cuando todo está, aparentemente, concluido. Al saber demasiado y a la práctica demasiado aseguradas, el filósofo, el pensador, viene a formularle sus preguntas intempestivas.

Antes ni había reparado en esto. Era más joven y desatento. Y pedante, seguramente. Tenía miedo al entrar en clase, o algo parecido. Pero ahora, que tengo menos miedo en reconocer lo que me falta, todo lo que ignoro, creo que lo empiezo a entender. Les digo a mis alumnos que la filosofía de la educación es una fórmula redundante. Porque hubo un tiempo, les digo, «*hace mucho, mucho tiempo*», en el que unos tipos que se llamaban filósofos se dedicaban a preguntarse por cosas que tenían que ver con los asuntos humanos, y esa misma actividad les educaba, les formaba, les transformaba. Hacer filosofía era ejercitarse en su propia educación. La filosofía es ya una forma de educación.

Me voy dando cuenta que esta disciplina que llevo enseñando hace tanto tiempo en realidad compromete una determinada manera de concebir la actividad filosófica —la filosofía como forma de vida, o simplemente como una *paideia* o como educación— y una determinada forma de encarar la educación, entendida como un encuentro entre generaciones en la filiación del tiempo. El ser humano es un ser inscrito en el (*devenir* del) tiempo. «¿Qué es la finitud?», les pregunto. Se quedan callados. Alguien dice: «*Que morimos*». Sí, es eso, pero no solo eso, replico. Hablar de la finitud implica que el ser humano es un ser encaminado a la muerte, o sea, a un cierto final o término; pero, además, quiere decir que más que hechos lo que hay (y lo que realmente importa) son interpretaciones, o sea, perspectivas circunscritas a espacios y tiempos singulares. Les pregunto, «¿cómo asumir *existencialmente* (y subrayo esta palabra) esta dimensión fundamental de nuestra existencia?» Si la muerte es término, el



nacimiento es comienzo e inicio. Los filósofos de la antigüedad inventaron una respuesta que compromete todo un cierto ejercicio espiritual: *aprender a morir*. Por eso el ser humano es un ser que *vive, sufre y piensa*, un ser de carne y hueso, como decía Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*. Cuando Esquilo dice que se aprende del dolor (*tô patheimatos*), lo que está haciendo es atribuir a las pruebas derivadas de la experiencia del sufrimiento un poder de comprensión específico inaccesible por otras vías. Si el sufrimiento es una escuela de sabiduría es porque hay cosas que sólo se aprenden sufrimiento. La verdad de la existencia, entonces, es algo que se padece y no simplemente algo que se descubre mediante el conocimiento.

Existir: estar en el mundo, entrar en el mundo por el nacimiento. Les digo que me parece pertinente que intentemos preguntarnos por el tipo de experiencia que dio lugar a la gran aventura intelectual que denominamos «filosofía». Les pido que se olviden de una asignatura que un día algunos estudiaron y que se llama *Filosofía*. Me limito a decir ahora que una «experiencia» es algo que nos toca, que nos impacta y nos tumba, y que provoca una nueva manera de afrontar el mundo, a nosotros mismos y a los otros. ¿Qué experiencia hizo nacer la aventura intelectual de la filosofía?: quedarnos sin palabras, como los niños, ante el mundo, ante el hecho de que las cosas sean como son y que tan pronto nacen están destinadas a desaparecer. «¿Habéis tenido experiencias que os hayan cambiado y que os hayan vuelto un poco irreconocibles?» Y entonces todo el mundo quiere decir algo. Lo que tenía preparado para contarles se queda encima de mi mesa. La clase ha tomado otra dirección... Me digo que otro día trataré de retomar las cosas, el hilo del discurso.

3. Cosas que pasan (Noticias de lo que pasa).

«¿Recordáis aquella clase en la que mencionamos la palabra “experiencia”?», pregunto a mis alumnos. Asienten. Pues bien, quiero que pensemos un poco más esta palabra, pero desde otra palabra que la incluye. «Voy a hablaros del *acontecimiento*», digo. Hay educación porque hay generaciones de individuos, que pertenecen a tiempos diferentes, que se encuentran, se relacionan, se hablan, se discuten, conversan y hacen cosas juntos. Nadie puede predecir de antemano lo que saldrá de ese encuentro. Pero pasan cosas. Puede ser que lo que pase sea un acontecimiento. Hay acontecimientos que nos dan la sensación de que nacemos de nuevo, y otros que son destructores, demolidores. Les pongo algunos ejemplos, y aprovecho para hablarles de nuevo de Hannah Arendt, y que esta mujer alemana y judía decía que los totalitarios del siglo XX lo que habían hecho, y por eso constituían un acontecimiento radical del siglo, era destruir todas nuestras categorías de pensamiento, de



juicio, de reflexión moral. Que los crímenes cometidos en los campos de concentración y exterminio, por ejemplo, habían sido tan atroces que casi no se podían comprender ni juzgar mediante nuestros conceptos jurídicos y morales heredados.

Durante años intenté pensar esta palabra con cuidado y había llegado a algunas conclusiones. Por ejemplo, siempre que hay o se da un acontecimiento hay algo que viene por sorpresa, algo que nos toca y que nos concierne personalmente, que nos deja aturridos, casi sin poder hablar, como si fuéramos niños. Cuando se da un acontecimiento decimos que lo imprevisible y sorprendente ha tenido lugar, y con ello podemos querer decir, al menos, tres cosas: que algo *nos da a pensar*, y que al pensar en eso que nos pasa lo hacemos de otro modo, de una forma muy diferente a como lo habíamos hecho antes; que *realizamos una experiencia*, y que caemos en la cuenta de algo que antes no habíamos considerado; y que, como consecuencia de eso que nos pasa, *ya no somos los mismos de antes*, que hay un antes y un después, y que cuesta habituarse el nuevo ser que somos y nos habita. El centro del acontecimiento es, entonces, la experiencia de un aprender: el paso del *antes* al *después*, de la potencia al acto, de lo implícito a lo explícito. Y lo importante, lo que realmente cuenta, en este viaje entre el antes y el después no es la llegada, sino otra cosa: aprender a adoptar el propio paso, el propio ritmo.

Cuando yo escribía sobre el acontecimiento, pensaba sobre esta noción porque me habían pasado algunas cosas. Les digo que escribí primero un libro —*La esfinge muda. El aprendizaje del dolor después de Auschwitz*—, donde entre otras cosas reflexioné sobre la pequeña esfinge muda de Hurbinek, que leí una y otra vez en el relato *La tregua*, de Primo Levi; y después, como para recuperarme, escribí *El delirio de las palabras. Ensayo para una poética del comienzo*, en el que me hundí en la luz brillante que creía haber encontrado. Un dolor que me enmudecía y una luz que me enceguecía. En ambos ensayos está el acontecimiento de la mano de un nacimiento, de la mano de una infancia recreada poéticamente.

Les pregunto, y no sé por que lo hago: «¿Se puede vivir sin el “como sí”, cuando algo nos ha pasado que ha cambiado nuestras vidas?». Le cuento que un conocido periodista español va a ver diariamente a su hijo, que padece una profunda parálisis cerebral, a la residencia donde se encuentra. Tiene más de 40 años. No habla. Y ese periodista explica en un libro que cada



día tiene que hacer «como si» su hijo, que sólo emite gruñidos, un día dirá una palabra como respuesta a las palabras de su padre. Si no viviese como si eso fuera acontecer, explica, no podría soportarlo. Y les digo: «¿Puede el padre de su hijo indefinido e indefinible vivir sin hacer «como si» un día ese hijo, que es y no es autista, y tiene tanto de los autistas de Deligny, sea capaz de soportar algo más de un minuto el abrazo de su padre, un abrazo que a él le cuesta recibir y a su padre no dar»? Y entonces, me detengo. Observo que otra alumna está llorando, pero enseguida se recompone. Unos días después me explica qué le pasó: «Sabes, Fernando, estos días estaba leyendo el libro de ese periodista del que hablaste, y al escucharte decir lo que decías creo que te entendí: mi hermano autista quiso el otro día abrazarme, y nunca lo hace. Por eso lloré».

Vamos leyendo textos y fragmentos de nuestra «Casa de citas». Mezclo fragmentos de filósofos y novelistas. Les insisto otra vez en que escriban en sus diarios, que anoten las cosas que ven. No es un diario íntimo. Es un diario donde, les advierto, tenéis que recopilar las cosas del mundo: lo que se escucha, lo que se ve, lo que se lee. «¿Pero nos vas a evaluar el diario?», me preguntan. Sonríe: «No, eso no se evalúa. Eso es para vosotros, pero leeremos las entradas que queráis cuando deseéis hacerlo. Es un ejercicio de escritura y de pensamiento. Un cuaderno siempre a mano». Entonces les hablo de Michel Foucault. Les digo que escribió algunos libros muy interesantes y que daba clases en una institución que se llama *Collège de France*. Leemos en voz alta «La escritura de sí». Quiero que se fijen en esto: «Los hypomnémata no se deberían considerar como un simple apoyo para la memoria, que se podrían consultar de vez en cuando, si se presentara la ocasión. No están destinados a suplantar eventualmente el recuerdo que flaquea. Constituyen más bien un material y un marco para ejercicios que hay que efectuar con frecuencia: leer, releer, meditar, conversar consigo mismo y con otros, etc. Y eso con el fin de tenerlos, como dice una expresión que se repite a menudo, *prócheiron*, ad manum, in promptu. “A mano”, por tanto, y no simplemente en el sentido de que cabría recordárselos a la conciencia, sino en el de que se deben poder utilizar, tan pronto como sea preciso, en la acción». Una alumna me dice, al terminar el curso, que no ha podido escribir ni una sola línea, y me entrega su cuaderno en blanco, solo con el título: «Diario filosófico: hypomnémata». Otros me dicen que aunque no lo entendían muy bien, les ha gustado escribir, y que creen que hacerlo les ha ayudado, aunque no saben muy bien por qué. Todo esto son situaciones normales y cotidianas.

¿Pero qué puedo decirle a esa alumna que me escribe para decirme que las clases coincide con su grupo de terapia, donde hace «como si» fuese a curarse de su insidioso sufrimiento?





Un día —sólo vino tres veces a clase— escribe algo que me llama la atención, por su fuerza y lucidez; insiste en decir que hace como si tuviera intención de curarse, que hace caso de lo que le dicen que haga, porque de ese modo el mundo parece más tranquilo, y así la dejan en paz. Más tarde hablamos bastante tiempo en mi despacho. Soy su profesor, y nada más. Ella tiene conciencia de su dolor, de su sufrimiento atroz y yo creo que también de su genialidad, aunque siempre duda de sí. Todo lo filtra a través de esa autopercepción de ella misma. Debo tener cuidado, ser muy prudente. Me deja su diario. Le digo que eso es demasiado personal para tenerlo yo, pero ella insiste: *«quiero que me conozcas, que sepas cómo soy y lo que me pasa»*. Estoy atrapado. Le digo: *«No te puedo prometer leerlo, pero lo tendré conmigo dos semanas. Después nos vemos y hablamos»*. Su cuaderno queda en mi mochila y no lo abro durante días. Luego empiezo a leerlo. Me quedo conmovido por lo que leo. Es dolorosísimo y profundo. Tiene la lucidez de quien sufre atrozmente. Lo cierro. Trato de encontrar una luz leyendo a Marco Aurelio, a Séneca, a Epicteto. Mi amiga psicóloga me da muy buenos consejos. Nos volvemos a ver pasados esos quince días. Llevo dos semanas colgado de algunas terribles frases de su diario, del que no pude leer más que unas pocas páginas.

Llevo años leyendo y meditando sobre la filosofía como forma de vida y no tengo ni puta idea de lo que debo hacer con todo esto. Nos vemos en la nueva tutoría. Le digo que no he podido leerlo entero, y que ese diario lo debe compartir con sus terapeutas. No me mira, su pelo tapa su rostro. Y le digo otra cosa: *«¿Has pensado en crear un personaje con las notas de tu diario, y que sea él quien sufra, que sea a ese personaje a quien le pasan las cosas que a ti te ocurren?»* Le digo que le pasaré mis apuntes y los textos de clase. Que los lea. Que intente dedicar algún tiempo a leer lo que otros dicen y que pruebe a ver qué pasa. Recuerdo la carta que Flaubert escribió el 18 de mayo de 1857 a su amiga Leroyer de Chantepie, que debía estar sufriendo: *«Trate de no seguir viviendo en usted. Haga grandes lecturas. Adopte un plan de estudio que sea riguroso y sostenido [...] Impóngase un trabajo regular y sostenido. La vida es una cosa tan espantosa que la única manera de soportarla es evitándola, Y la evitamos viviendo en el Arte, en la búsqueda incesante de la Verdad que transmite lo Bello»*. Recuerdo casi de memoria este fragmento, pero no se lo menciono. Entonces retira el pelo que cubre su rostro y me dice que siempre quiso escribir un relato, pero que nadie le había animado a hacerlo antes. *«Quizá lo haga»*, me dice. Y me pregunta: *«¿Por qué?»* Y yo pienso: *«Porque...no lo sé. Eso lo descubrirás tú después. Te pertenece»*. Pasa un tiempo. Y recibo un correo electrónico con algunos capítulos de algo que ella llama «El cuaderno». Ha creado un personaje: se llama Calíope. De inmediato sé cómo se llama eso que estoy leyendo: *El cuaderno de Calíope*.

Leo en un breve ensayo sobre la tragedia una cita hermosísima: *«¿Por qué existe la tragedia? Porque estás lleno de cólera. ¿Y por qué estás lleno de cólera? Porque estás lleno de dolor»* (Tragedy: A curious Art Form), y no puedo dejar de pensar en Calíope. Calíope que busca el amor y lo rechaza. Porque un otro-yo la habita y se encoleriza con ella. Se sabe genial y no se soporta. Tiene la lucidez que el dolor trae.

Punto y aparte (Una cuestión de amor).





No sé en qué momento consideré que hablar de filosofía es hablar del saber de una cierta clase de amor (y del amor hacia un cierto tipo de saber). La filosofía tiene que ver con el amor y con la amistad, ambas constituidas como bases del pensar. Y eso que yo enseñé año tras año trata de pensar, entre otras cosas, esto mismo: *la experiencia de un vínculo que une, amando, a dos*. El filósofo —como *eros*, hijo de Poros y Penía—, es un ser intermediario: un *mediador del deseo* del aprendiz: de su deseo de saber, no del deseo de aprender. Les insisto mucho a mis alumnos sobre esto, y que aunque hablemos de la filosofía como una actividad que conforma un estilo de vida personal, jamás se entendió en el mundo antiguo la actividad del filósofo como una mera actividad solitaria. Más bien tenía que ver con una relación educativa (*muy especial*) que unía a maestros y a discípulos que se encontraban en torno a una cosa común.

Cuando los maestros se han retirado, ¿qué nos queda?, me pregunto: lo que nos queda es la Biblioteca, y es en los textos de los maestros antiguos donde podemos encontrar una *pedagogía del arte de vivir*. ¿Qué puede significar hoy aquella antigua declaración que George Steiner hizo en *Lecciones de los maestros*, cuando afirmaba que «*un maestro invade, irrumpe, puede arrasarse con el fin de limpiar y reconstruir*»? Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica —comentaba Steiner— o una instrucción que sea cínica en sus metas meramente utilitaristas, son simplemente destructoras: «*Arranca de raíz la esperanza*». En la relación filosófica maestro-discípulo asistimos de hecho a lo que hoy es más bien difícil de encontrar, a saber: que el mejor maestro se hace discípulo de su propio discípulo.

Había querido ser profesor, como lo quiso el personaje de la novela de John Williams, *Stoner*, y lo he sido. También, como él, me topé con el conocimiento; quise buscar la sabiduría, y por eso leí a los griegos. Entraron en mi vida y en el aula como un ciclón que lo puso todo revuelto, pero sentí cierto aire fresco, entró un viento y con el palabras y gestos nuevos; seguí en ello, leí, volví a leer, reescribí, tiré cosas por la ventana, amé muchísimo y me rompí por dentro de una forma bestial. Y deseé seguir leyendo en la propia lengua de los griegos, pero no fue posible. Y al final tuve que reconocer mi ignorancia. Pero sé que me gusta entrar en el aula y encontrarme con ellos, con mis alumnos. En mi memoria, cada vez que entro, se acumulan las imágenes de otras entradas de otras visitas en ese mismo espacio. Necesito hacer silencio antes de hablar. Cada año esos silencios se prolongan más. Sí,





también me pasa a mí como a Stoner: que pierdo la noción del tiempo cuando imparto mis clases. Pero yo no soy Stoner. Aunque muchas veces pierdo el guión que llevaba preparado. Voy del libro a mi cuaderno de notas. Escribo un nombre o una frase en la pizarra, me detengo, pienso en voz alta. Los alumnos me observan un poco perplejos y sin saber muy bien qué tienen que anotar de todo lo que digo. El aula es una isla rodeada de agua. De un mar de palabras y referencias literarias y filosóficas ¿Pueden distinguirse las unas de las otras? Lo que ahí pasa no tiene por qué volver a ocurrir del mismo modo en otra clase de otro día. Cada sesión tiene algo de incomprensible, y casi siempre, al salir del aula, me reprocho algunas cosas. «¡No, no, así no!» ¡Joder, Joder...¿Qué enseño?! A mí mismo. Muchas veces me encuentro como al principio, cuando era un joven profesor bastante inseguro. Ahora soy capaz de detectar en algunas de las novelas que leo sobre maestros y discípulos los motivos que a mí mismo también me empujaron a seguir insistiendo en lo que siempre he hecho, pese a todo ese caos que nos rodea, pese a esa cosa absurda en que se ha convertido la Universidad: *«El amor a la literatura, al lenguaje, al misterio de la mente y el corazón manifestándose en la nimia, extraña e inesperada combinación de letras y palabras, en la tinta más negra y fría...el amor que había ocultado, como si fuese ilícito y peligroso, empezó a exhibirse, vacilante en un principio, luego con temeridad y finalmente con orgullo».*

¿Qué habría logrado yo pensar sin mis amigos?: Nada. ¿Qué se habría caído de mi mente sin ellos, sin mi amor por Arendt y Zambrano, sin Proust y sin Wilde, sin Montaigne y sin mi deseo de Rilke, Nietzsche y Camus; sin mi nueva lectura de Platón, de Epicteto, Marco Aurelio o Séneca?: Nada. Me habría quedado sin viático para la vida, como Proust sin el beso tranquilizador de su madre, cada noche, en cada angustia, en cada temblor.

El maestro, han dicho los más grandes, erotiza hacia el saber a su discípulo, y al instante se retira. El discípulo nace del borrado del maestro. Los lugares, los espacios, los tiempos presentes pueden ser banales, y nos cansan, nos fatigan. Pero queda lo esencial, que unos versos de Hördelin supieron captar, y que no puedo leer sin estremecerme:

¿Por qué, divino Sócrates, rindes homenaje
de continuo a ese joven? ¿Por qué, con amor,
lo miran tus ojos como a los dioses?





Quien ha pensado en lo más profundo ama lo más vivo,
quien ha mirado el mundo, tiene por elegido al joven,
y a menudo, al final, los sabios se inclinan ante lo hermoso.

Saldré de aquí, regresaré a mi ciudad y a mi país, y dejaré algo de mí, de nuevo, en esta ciudad de Buenos Aires. Sé que volveré, porque hay vicios que se reiteran y amigos que me esperan. Nos necesitamos. La amistad lo es todo y es la base de eso que hacía que filósofos y discípulos se encontrasen: la condición afectiva y espiritual del conocimiento, de la pasión por saber. Sin eso no hay nada. La filosofía, decía un hombre que me conmovió hasta la raíz más profunda de mí mismo en uno de los momentos más importantes de mi vida (Giuseppe Ferraro), es la única disciplina que convoca en su propia denominación un sentimiento, un afecto: *philia*. Lo que nos hace estar amorosamente cerca de lo que comienza, de lo que nace. Eso fue lo que vi y lo que sentí allí, aquí, en esta ciudad a la que regresaré y que ya me tiene atrapado. Y esto fue lo que no tuve más remedio que escribir:

Buenos Aires, 17.07.17, 23.50 hs. Acabo de llegar al hotel donde me alojo en Buenos Aires. Vengo de dar una charla en la Universidad de Hurlingham. Es una zona, un barrio humilde y dignísimo de esta ciudad que me enamora, un barrio de trabajadores donde la Universidad se ha integrado perfectamente. Una Universidad recentísima, recién nacida, que busca dar formación a jóvenes y no tan jóvenes en distintas disciplinas. Llego, hablo con varias personas que me presenta quien me ha invitado. La biblioteca es un espacio semiabierto donde veo alumnos haciendo tutorías con sus profesores, otros estudiantes repasando con un profesor alguna cosa; en otro rincón, alumnos y sindicalistas recién elegidos tratan de organizarse. Padres y madres del barrio entran de repente con sus hijos e hijas porque algunos profesores les darán clases de baile clásico. Gente que entra y sale, se me acercan y me preguntan "¿Cómo le va profesor?", y me regalan un beso y un abrazo detenido. Me conmuevo. Todo está por hacer. Todos sonríen. Todo está empezando, naciendo. Entro en el aula número 1. Tengo sed, sonríen, hoy hace mucha humedad. Una joven saca de su mochila una botella de agua y me dice: "Es para vos". Bebo. El aula está repleta. Me siento mejor que Bob Dylan en su mejor concierto. Estoy emocionadísimo. Todos me miran, y en esas miradas me lo dan todo. No; jamás estaré a la altura del amor que hoy me han dado. Les hablo, conversamos, leemos: un poco de Rilke y Nietzsche y Proust y esto y lo otro, y me cuentan. Y me emociono y quiero ponerme a llorar. Termino. Me dan un beso y nos hacemos una foto. Difícil será dormir esta noche. Difícil, sí.

Cosas leídas, referenciadas o citadas, que inspiraron este texto.





- Camus, A. (1996) «Carnets, 1». Obras, 1, Madrid, Alianza.
- Camus, A. (1996) «Carnets, 2». *Obras*, vol. 4. Madrid, Alianza.
- Deleuze, G. (2010) *Proust et les signes*. París, Puf.
- Epicuro (2007) *Cartas y sentencias*. Palma de Mallorca, El Barquero.
- Flaubert, G. (2009) *Querida maestra. Escritoras en la correspondencia de Gustave Flaubert*. Córdoba, El Olivo Azul.
- Foucault, M (2002) *La hermenéutica del sujeto*. México, F.C.E.
- Foucault, M (1983) «L'écriture de soi», *Corps écrit*, n° 5.
- Greish, J. (2015) *Vivre en philosophant*. París, Hermann.
- Hadot, P. (2001) *La philosophie comme manière de vivre*. París, Albin Michel.
- Hadot, P. (2006) *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid, Siruela.
- Heidegger, M. (2005) *¿Qué significa pensar?* Madrid, Trotta.
- Heráclito (2009) *Fragmentos e interpretaciones*, Madrid, Ácora ediciones. Edición a cargo de José Luis Gallego y Carlos Eugénio López
- Marco Aurelio (1999) *Meditaciones*. Madrid, Gredos.
- Montaigne, M, (2007) *Les Essais*. París, Gallimard-Bibliothèque de La Pléiade, Edición a cargo de Jean Basamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin, según la edición de 1595 de Marie de Gournay.
- Nehamas, A. (2005) *El arte de vivir. Reflexiones socráticas de Platón a Foucault*. Valencia, Pre-Textos.
- Nietzsche, F. (2006) *Genealogía de la moral*. Madrid, Alianza.
- Pavie, X. (2012) *Exercices Spirituels. Leçons de la philosophie antique*. París, Les Belles Lettres.
- Platón, *Diálogos*, vol. III. Madrid, Gredos, 1986, Traducción: C. García Gual.
- Proust, M. (1987-89) *À la recherche du temps perdu*, París, Gallimard - Bibliothèque de la Pléiade.
- Proust, M. (2003) *En busca del tiempo perdido*, 7 volúmenes. Traducción: Carlos Manzano. Barcelona, Mondadori.
- Proust, P. (2006) *Jean Santeuil*. Madrid, Valdemar.
- Séneca (2014) *Epístolas morales a Lucilio*, vol. I. Madrid, Gredos.



Unamuno, M. (1999) *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid, Espasa Calpe-Austral.

